



CASSANDRA CLARE

CUENTO DE
HADAS DE LONDRES

Una historia de
Will & Tessa



Título original: *Fairy Tale of London*

Autora: Cassandra Clare

Traducción: Alvare Haramba

Ilustración interior: Cassandra Jean

Fecha de publicación: marzo 2020 (originalmente publicado en *Chain of Gold*)

Todos los nombres, personajes, lugares y acontecimientos mencionados en este texto son completamente producto de la imaginación de la autora o son empleados como entes de ficción. Cualquier parecido con personas vivas o fallecidas no es más que coincidencia.



CUENTO DE HADAS DE LONDRES

Una historia de Will y Tessa



CASSANDRA CLARE

Traducido por Alvare Haramba





EN EL NOMBRE DE
RAZIEL

*Will Herondale
& Tessa Gray*

TE INVITAN A ACOMPAÑARLOS A
CELEBRAR SU MATRIMONIO

3 de marzo,
1880

EN EL INSTITUTO DE
LONDRES



LONDRES, 3 DE MARZO, 1880

Will Herondale se sentó en la ventana de su nuevo dormitorio y miró a un Londres congelado bajo un cielo frío de invierno. La nieve cubría la parte superior de las casas que se extendían hacia la pálida cinta del Támesis, dando a la vista la sensación de un cuento de hadas.

Aunque, por el momento, Will no sentía mucha simpatía hacia los cuentos de hadas.

Debería estar feliz, lo sabía, después de todo, era el día de su boda. Y había estado feliz desde el momento en que se había despertado, incluso cuando Henry, Gabriel y Gideon entraron en su habitación y lo molestaron con consejos y bromas mientras se vestía, hasta el final de la ceremonia. Fue entonces que aquello sucedió. Esa era la razón por la que estaba sentado en el asiento de la ventana mirando cómo Londres era abatido por el invierno en lugar de estar abajo junto al fuego besando a su esposa. Su nueva esposa.

Tessa.



Todo había comenzado perfectamente bien. No era estrictamente una boda de cazadores de sombras, porque Tessa no era estrictamente una cazadora de sombras. Pero Will había decidido usar traje de boda de todos modos, porque iba a ser el líder del Instituto de Londres, y sus hijos serían cazadores de sombras, y Tessa dirigiría el Instituto a su lado y sería parte de toda su vida de cazador de sombras y, en su opinión, deberían comenzar de la manera en que pretendían continuar.

Henry, empuñando una estela desde su silla de ruedas tipo Bath, ayudó a Will con las runas de amor y suerte que decoraban sus manos y brazos antes de que Will se pusiera la camisa y el saco del traje. Gideon y Gabriel bromearon sobre el trato terrible que Tessa estaba obteniendo de Will, y cómo felizmente tomarían su lugar, aunque los hermanos Lightwood estaban comprometidos, y Henry estaba felizmente casado y con un hijo pequeño y ruidoso, Charles Buford, que actualmente tomaba gran parte del tiempo y la atención de sus padres.

Will sonrió y se echó a reír, se miró en el espejo para asegurarse de que su cabello no se viera desastroso, y pensó en Jem, y sintió dolor en su corazón.

Era una tradición para los cazadores de sombras tener un *suggenes*, alguien que caminaba junto a ellos por el corredor hasta la ceremonia de matrimonio. Por lo general, un hermano o un amigo cercano, y si este tenía un *parabatai*, la elección de *suggenes* estaba hecha. Pero el *parabatai* de Will era un Hermano Silencioso ahora, y los Hermanos Silenciosos no podían ser *suggenes*. De modo que ese lugar al lado de Will permanecería vacío mientras caminaba por el suelo de la catedral.

O al menos parecería vacío para todos los demás. Para Will, estaría lleno del recuerdo de Jem: la sonrisa de Jem, la mano de Jem en su brazo, la inquebrantable lealtad de Jem.

En el espejo, vio a Will Herondale, de diecinueve años, con prendas de un azul profundo, un guiño al linaje de bruja de Tessa, con un revestimiento dorado. El traje se asemejaba a una levita, los puños y el dobladillo finamente tejidos con un patrón de runas doradas. Mancuernillas doradas brillaban en sus muñecas. Su salvaje cabello negro había sido domado por el momento; lucía sereno y tranquilo, aunque por dentro, su alma inspiraba amor y dolor. Hasta ese último año, nunca había pensado que el corazón pudiera contener una medida completa de tristeza y felicidad al mismo tiempo, y, sin embargo, mientras penaba por Jem y amaba a Tessa, sintió ambas cosas en partes iguales. Él sabía que ella también, y era un consuelo para los dos estar juntos y compartir lo que pocos habían sentido, ya que, aunque Will creía que un gran dolor y una alegría profunda podían suceder al mismo tiempo, igual que el amor hacia más de una persona, él no podía creer que fuera común.

—No te olvides del bastón, Will —dijo Henry, sacando a Will de su ensueño, y le entregó a Will el bastón con cabeza de dragón que había sido de Jem. Will se inclinó ante Henry, con el corazón lleno, y luego se dirigió a la planta baja y se adentró en el corazón de la iglesia.

La habitación había sido decorada con estandartes portando runas doradas de amor, matrimonio y lealtad. El sol brillaba en el exterior, iluminando el camino a través de los bancos que conducían al altar. Estaba decorado con un montón de flores blancas provenientes de Idris. Llenaban la habitación con un aroma que le recordaba a la mansión Herondale en el campo de Idris, una gran pila de piedra dorada que había heredado al cumplir los dieciocho años. Su corazón se aceleró ante la idea: él y Tessa habían visitado la mansión en el verano del año pasado, cuando los árboles del bosque Brocelind se habían cubierto de vegetación y los campos estaban llenos de color. Le había recordado su hogar de la infancia en Gales; esperaba que él y Tessa pasaran allí todos los meses de verano a partir de ahora.

Su corazón se elevó aún más cuando apoyó el bastón de Jem contra el altar y se volvió para mirar hacia la habitación; había temido que el Enclave de Londres,

en su prejuicio e intolerancia, evitara la boda; los sentimientos sobre el hecho de que Tessa era mitad bruja iban desde la indiferencia hasta la absoluta frialdad. Pero los bancos estaban llenos, y vio caras radiantes por todas partes: Henry al lado de Charlotte (que había dejado al bebé Charles al cuidado de Bridget), que llevaba un sombrero con un montón de flores; los Baybrook, quienes eran recién casados; los Townsend, los Wentworth y los Bridgestock; George Penhallow, quien actualmente ejercía como jefe interino del Instituto; la hermana de Will, Cecily, sentada junto al gran arpa dorada que habían bajado de la sala de música; Gideon y Gabriel Lightwood juntos; e incluso Tatiana Blackthorn, sosteniendo a su hijo envuelto en mantas, Jesse, y portando un vestido rosa extrañamente familiar.

Una parte de Will deseaba que sus padres pudieran haber estado aquí. Había ido a verlos varias veces en secreto desde que Charlotte le había dado permiso para usar el Portal en la cripta para visitar a su familia. Pero ahora estaban apartados del mundo de los cazadores de sombras y no deseaban volver a este. Él y Tessa los visitarían unos días después de la boda, para recibir sus felicitaciones y su bendición.

Charlotte se puso de pie. Se había quitado el sombrero y llevaba la indumentaria completa del Cónsul, pues ahora esa era su posición, su túnica estaba estampada con runas de plata y oro, el báculo del Cónsul en sus manos. Ella, al igual que Will, se movió lentamente entre los bancos y subió los escalones hasta el altar; ocupó su lugar detrás de este y le sonrió a Will. Para él, ella se veía igual que cuando lo había acogido tras haber llegado al Instituto de Londres aterrorizado y solo.

Una sola nota suave sonó a través de la habitación. Will recordó las lecciones de arpa que Cecily había tenido en Gales; su madre también sabía cómo tocarlo. Will deseó...

Y de pronto todos sus deseos se desmoronaron, porque las puertas en la parte trasera de la iglesia se abrieron y Tessa entró.

Había elegido vestirse completamente en oro, desafiando a aquellos que pudieran decir que no era una cazadora de sombras completa y que no tenía derecho a usar ese color. Su vestido era de seda, con un corte vasco cosido a la medida y una falda completa sobrepuesta con una capa de tul de color marfil. Sus guantes eran de seda y eran delicados, al igual que las zapatillas de cuentas que se asomaban bajo el dobladillo de su vestido. Su cabello había sido adornado con pequeñas flores hechas de seda dorada.

Nunca había visto a nadie, ni nada, tan encantador.

Caminaba con el mentón levantado, orgullosa, con los ojos fijos en Will. Esos ojos grises: la primera vez que los había mirado, lo habían atravesado a través de él con la agudeza del metal al que se asemejaban. Sus mejillas estaban sonrojadas; se aferraba fuertemente al brazo de Sophie mientras esta la acompañaba tranquilamente por el corredor. Will no se sorprendió en absoluto cuando Tessa

eligió a Sophie como su *suggenes*. También le agradaba Sophie, pero por el momento no podía mirar a nadie más que a Tessa.

Ella se unió a él en el altar, Sophie se retiró para colocarse detrás de ella. Will podía sentir como se le desbocaba el corazón. Tessa estaba mirando hacia abajo; solo podía ver la parte superior de su cabeza y las flores de seda dorada entre los rizos de su cabello.

Nunca había pensado que esto sucedería. No en realidad, en las profundidades de su corazón, donde se ocultaba el más oscuro de sus miedos. Durante mucho tiempo había aceptado que nunca dejaría de perder a Tessa, que el amor nunca llegaría a nada. Estaría oculto, tal vez para arder siempre con la misma y terrible agonía, tal vez para vivir como una enredadera asfixiante mientras destruía lentamente su capacidad de sentir alegría. Solamente sería suya en sueños: el recuerdo de haberla besado, los únicos besos que él alguna vez conocería.

Los Herondale amaban solo una vez, y le había entregado su corazón a Tessa. Pero ella no podía tomarlo.

Cuando todo cambió, fue un amanecer muy lento de alegría. Una luz atravesando las nubes de pérdida que llevaba el nombre de su *parabatai*. Se despertaba llorando por Jem, y a veces Tessa salía de su habitación y se sentaba con él, tomándole la mano hasta que volvía a dormir. Y a veces ella era la que lloraba y él quien la consolaba.

Y luego le preocupaba que el amor no pudiera surgir de un suelo tan amargo. Pero sí que creció, y fue más rico y profundo que antes. Cuando le pidió a Tessa que se casara con él, se habían convertido en oro forjado en fuego. El tiempo transcurrido desde ese día, anticipando su boda, había sido un delirio de felicidad, un aturdimiento de planes y risas.

Pero Tessa no lo miraba, y por un momento las viejas dudas lo asaltaron y dijo en voz tan baja que dudó que Charlotte o Sophie pudieran escucharlo:

—¿Tess, *cariad*?

«¿Tess, querida?»

Ella levantó la vista ante eso. Ella estaba sonriendo, sus ojos bailando. Se preguntó cómo pudo haber pensado que su color era como el metal: eran como las nubes que se congregaban sobre Cadair Idris. Ella se cubrió la boca con la mano como si tratara de evitar reírse a carcajadas.

—Oh, Will —dijo ella—. Estoy *tan* feliz.

Extendió la mano para tomarle las manos y Charlotte se aclaró la garganta. Sus ojos estaban llenos de amor y cariño mientras miraba a Tessa y Will.

—Demos comienzo —dijo Charlotte.

El instituto guardó silencio; Cecily había dejado de tocar el arpa. Will se quedó mirando a Tessa mientras su vida se abría ante él.

—Me encuentro aquí con dos funciones —dijo Charlotte—. Como Cónsul, es mi deber unir a dos de los nefilim. —Miró ferozmente a la multitud, desafiando a cualquiera a estar en desacuerdo con su evaluación de Tessa como cazadora de

sombras—. Como amiga de estos dos, es una alegría sellar su felicidad en el convenio del matrimonio.

Will pensó por un momento que escuchó a alguien reír; echó un vistazo a las hileras de bancos, pero solo vio caras amistosas que miraban de vuelta. Incluso Gabriel Lightwood haciendo una mueca hacia él era más normal que hostil.

—Theresa Gray —dijo Charlotte—. ¿Has encontrado a quien tu alma ama?

«Me levantaré ahora, y recorreré la ciudad en las calles, y en los extensos caminos buscaré a quien mi alma ama: lo busqué, mas no lo encontré»¹. Will sabía las palabras; todos los cazadores de sombras lo hacían.

Toda la cara de Tessa parecía brillar.

—Lo he encontrado —dijo ella—. Y no lo dejaré ir.

—William Owen Herondale. —Charlotte se volvió hacia Will—. ¿Has andado entre los centinelas y las ciudades del mundo? ¿Has encontrado a quien tu alma ama?

Will pensó en las muchas noches inquietas que había pasado vagando por las calles de Londres, sin seguir ninguna dirección en particular, sin buscar ningún objetivo en concreto. Quizás todas esas noches había estado realmente buscando a Tessa, sin saber que ella era lo que él buscaba.

—La he encontrado —dijo Will—. Y *nunca* la dejaré ir.

Charlotte sonrió.

—Ahora es el momento del intercambio de anillos.

Hubo un cierto murmullo de interés entre los reunidos en la sala: Tessa, aunque su madre había sido una cazadora de sombras, no podía portar las runas del Ángel. El público sin duda se preguntaba cómo se encargarían de las runas que tradicionalmente se intercambiaban en una boda—una en el brazo y la otra sobre el corazón—con la novia y el novio Marcándose mutuamente con estelas. Se decepcionarían, pensó Will; él y Tessa habían decidido encargarse de la colocación de runas después de la ceremonia, la runa sobre el corazón a menudo se hacía en privado, pues la runa en sí era justamente eso.

Sophie dio un paso al frente, sosteniendo una caja de terciopelo poco profunda en la que habían colocado dos anillos, ambos con el diseño Herondale. Dentro de cada anillo había grabado una sola imagen de un rayo, un guiño al linaje Starkweather de Tessa y seis palabras: «el último sueño de mi alma».

A Will no le importó si la cita no significaba nada para otras personas. Significaba todo para él y para Tessa.

Tessa tomó el anillo más grande primero y lo deslizó sobre el dedo de Will. Él siempre había usado su anillo familiar, pero ahora se sentía diferente, cargado de nueva importancia. Ella buscó a tientas su guante, y para cuando él sostuvo su mano desnuda sobre la suya, deslizando el anillo Herondale sobre su mano izquierda, estaba dando brincos sobre los dedos de los pies con impaciencia.

¹ N. del T. Pasaje bíblico localizado en Cantares 3:2-3

El anillo tomó su lugar. Tessa miró su mano y luego a Will, su rostro solemne de alegría.

—Theresa Gray Herondale y William Owen Herondale —dijo Charlotte—. Ahora están casados. Regocijémonos.

Una ovación surgió de los bancos; Cecily comenzó a tocar una fuerte y probablemente inapropiada canción de marcha en el arpa. Will tomó a Tessa en sus brazos: ella era una pila de seda suave, tul resbaladizo y de labios cálidos que se volvían hacia él para un beso rápido. Él aspiró su aroma a lavanda y deseó que pudieran estar lejos de todo esto, solos en la habitación que había sido instalada y amueblada para su uso privado. La habitación que ocuparían como pareja casada por el resto de su vida.

Pero todavía tenía que pasar la lujosa cena de banquete. Will colocó el brazo de Tessa entre el suyo y comenzó a descender por los escalones del altar.



Charlotte se había superado a sí misma decorando el salón de baile. Estandartes de seda dorada colgaban sobre las ventanas, puertas y chimeneas. Se había puesto una sola mesa enorme, la cual se extendía por el medio de la habitación. Estaba cubierta con una tela de damasco, y las bandejas, platos, candelabros y cubiertos eran todos de oro.

Los ojos de Tessa se agrandaron.

—Charlotte no debería haber gastado tanto *dinero* —susurró mientras ella y Will inspeccionaban los arreglos florales: arbustos de rosas de invernadero que instaladas en todas las superficies disponibles en tonos de oro, crema y rosa.

—Esperemos que haya allanado el tesoro de la Clave —dijo Will con ecuanimidad, sirviéndose pastel.

Tessa se echó a reír y señaló un par de sillas a juego, enormes troncos de madera con respaldos puntiagudos e incrustaciones doradas. Después de una conversación susurrada. Will y Tessa se sentaron regiamente justo cuando las puertas del salón de baile se abrieron para la fiesta de bodas.

Se oyó como todos exclamaban «ooh» y «aah» conforme entraban, vestidos con sus mejores galas. Cecily, con un vestido azul que combinaba con sus ojos, vino bailando para abrazarlos, besarlos y felicitarlos a ambos. Gabriel la seguía, mirándola como un ciervo enamorado en el bosque. Gideon y Sophie, felizmente comprometidos, se estaban riendo juntos en un rincón, y Charlotte y Henry se quejaban por el bebé Charles, que tenía cólico y deseaba que todos lo supieran.

Cecily aplaudió cuando dos de los sirvientes que Charlotte había contratado especialmente para la boda se acercaron a la mesa, llevando dos pasteles escalonados.

—¿Por qué dos? —susurró Tessa al oído de Will.

—Uno para los invitados a la boda y otro para la novia —explicó—. El de los invitados será cortado, y todos serán enviados a casa con un pedazo para la buena

suerte. El tuyo está destinado a ser comido salvo por un trozo, que guardaremos para nuestro vigésimo quinto aniversario.

—Me estás tomando el pelo, Will Herondale —dijo Tessa—. Nadie quiere comer un pedazo de pastel de veinticinco años.

—Esperemos que opines diferente cuando estemos viejos y horribles —dijo Will. Entonces recordó, solo por un momento, que Tessa nunca sería vieja ni horrible. Solo él envejecería y moriría. Fue un pensamiento extraño e intrusivo; apartó la vista rápidamente y llamó la atención de Tatiana Blackthorn, que se había sentado al final de la mesa. Estaba sosteniendo a Jesse, sus ojos verdes deambulaban sospechosamente por la habitación. Sabía que ella tenía solo diecinueve años, pero parecía años mayor.

Le dirigió a Will una mirada insondable y desvió la mirada.

Will se estremeció y puso su mano sobre la de Tessa, justo cuando Henry comenzó a golpear su vaso con buen humor con algo que parecía un tubo de ensayo. Probablemente *era* un tubo de ensayo; Henry ya había instalado un laboratorio en el sótano de la casa de la Cónsul en Grosvenor Square.

—Un brindis —comenzó—. Por la feliz pareja...

Tessa había pasado los dedos por los de Will, pero él todavía sentía frío, como si la mirada de Tatiana hubiera derramado agua helada por sus venas. Cecily había vuelto a ver a Gabriel, y él pudo ver por el brillo en sus ojos que estaba planeando algo.

Al final resultó que, todos sus amigos lo estaban. Después del brindis de Henry vino el de Charlotte, el de Gideon y Sophie, el de Cecily y el de Gabriel. Elogiaron a Tessa y se burlaron gentilmente de Will, pero era el tipo de burla que nacía del amor, y Will se rio tanto como cualquiera, bueno, cualquiera salvo quizás Jessamine. Estaba presente en forma fantasmal, y Will podía verla balanceándose de lado a lado con diversión, su cabello rubio flotando en una brisa invisible.

A medida que la cena llegaba a su fin, los silencios entre Will y Tessa se prolongaban cada vez más. No eran silencios incómodos; nada que ver. Había algo más, algo entre ellos que crepitaba como la luz del fuego. Cada vez que Tessa miraba a Will, sus mejillas se ponían rosadas y se mordía el labio. Will se preguntó si sería grosero saltar sobre la mesa y ordenar que todos salieran del Instituto, ya que necesitaba urgentemente tener una conversación privada con su esposa.

Decidió que sí lo sería. Sin embargo, estaba golpeteando sus zapatos pulidos contra el piso impacientemente cuando los invitados comenzaron a acercarse a Will y Tessa para despedirse.

—Qué absolutamente encantador —le dijo Will a Lilian Highsmith.

«Verte partir», pensó.

—Oh, sí, es muy buena idea salir antes de que las carreteras estén demasiado congeladas —le dijo Tessa a Martin Wentworth—. Lo entendemos por completo.

—Ah, absolutamente —comenzó Will, volviéndose—, y muchas gracias por venir...

Se interrumpió abruptamente. Tatiana Blackthorn estaba parada directamente frente a él. Su rostro estaba libre de toda expresión, como una sartén que había sido limpiada en exceso. Sus manos delgadas se movían sin descanso.

—Tengo algo que decirte —le dijo ella.

Vio a Cecily mirándolo un poco ansiosa. Estaba abrazando al bebé Jesse; Tatiana debió haber aprovechado la oportunidad momentánea para dejar al niño con Cecily mientras ella iba a hablar con Will. Su inquietud se profundizó.

—¿Sí? —dijo él.

Ella se inclinó más cerca de él. Alrededor de su cuello colgaba un medallón de oro, grabado con el patrón de espinas de la familia Blackthorn. Se dio cuenta con un mareo repentino y enfermo de que su vestido era el mismo vestido que había usado el día que su padre y su esposo habían muerto. Las manchas en él seguramente eran sangre vieja.

—Hoy, Will Herondale —dijo, hablando muy bajo y claro, casi directamente en su oído—, será el día más feliz de tu vida.

No podría haber dicho por qué, pero un escalofrío lo atravesó.

Él no le respondió, ni ella parecía querer que lo hiciera, ella solo retrocedió y se acercó a Cecily, arrebatándole al niño envuelto con una mirada satisfecha.

Tan pronto como Tatiana salió del salón de baile. Cecily se apresuró hacia Will. Tessa a su lado, estaba conversando con Charlotte, y Will no creía que ella hubiera notado nada, gracias al Ángel.

—¿Qué te dijo la horrorosa de Tatiana? —exigió Cecily—. No me da para nada buena espina, Will, de verdad. Solo piensa que, cuando esté casada con Gabriel estaré emparentada con ella.

—Dijo que hoy sería el día más feliz de mi vida —dijo Will. Sintió como si una piedra fría se hubiera asentado en su estómago.

—Oh. —Cecily frunció el ceño—. Bueno, eso no es tan malo, ¿o sí? Es el tipo de cosas que la gente dice en las bodas.

—Cecy. —Gabriel había aparecido al lado de la hermana de Will—. Ha empezado a nevar. Mira.

Todos miraron: la nieve en marzo era inusual, y cuando llegaba, generalmente estaba helada, escupiendo aguanieve. No los gruesos copos blancos que caían en ese momento fuera de las ventanas, listos para cubrir la ciudad sucia en una nube de plata pura.

Los invitados se apresuraron a partir ahora, antes de que los caminos se volvieran intransitables. Cecily había ido a abrazar a Tessa y desearle felicidad. Will se puso de pie cuando Charlotte se le acercó, sonriendo.

—Dile a Tessa que he subido para asegurarme de que la chimenea está encendida en nuestros aposentos —dijo mecánicamente. Se sentía como si

estuviera a una gran distancia de su propio cuerpo—. Ella no debería tener frío en su noche de bodas.

Charlotte parecía perpleja pero no trató de detener a Will cuando salió corriendo de la habitación.



Hoy será el día más feliz de tu vida.

Si Tatiana no le hubiera dicho eso, pensó Will, ¿seguiría sentado junto a la ventana mirando la nieve y el frío? La ciudad se estaba poniendo blanca ante sus ojos, St. Paul era un fantasma ante el cielo dicromático.

Era como si las palabras de Tatiana fueran una llave que había desbloqueado algo dentro de él, y todos sus miedos habían salido a la luz. No hubo familia para acompañar a Tessa en la boda, y todavía le preocupaba que la Clave nunca la aceptara realmente, que su estado de bruja parcial siempre les impediría verla como una cazadora de sombras competente. ¿Y si le hablaban con crueldad sin que él estuviera allí para detenerlo? ¿Y si hacían de su vida una miseria, y ella comenzaba a tenerle resentimiento por haberla atrapado en el Enclave de Londres? ¿Y si ambos extrañaban demasiado a Jem para dejar de lado su dolor y vivir?

¿Y si no podía hacer feliz a Tessa?

Los pensamientos giraban en su mente como la nieve. Había encendido el fuego y la habitación estaba cálida; había una gran cama con dosel en el centro, y alguien, Charlotte probablemente, había puesto jarrones de flores de marfil en ambas mesas de noche. Llenaban el aire con su perfume. La nieve se encontraba crujiendo suavemente contra los cristales de las ventanas cuando la puerta se abrió y Tessa introdujo la cabeza en la habitación. Ella era todo sonrisas, brillaba como una vela.

«¿Y si hoy fuera el día más feliz de su vida? ¿Y si todos los días de este en adelante fueran más tristes y vacíos?»

Will respiró tembloroso e intentó sonreír.

—Tess.

—Oh, qué bien, estás decente —dijo—. Estaba medio preocupada de que te vistieras como Sydney Carton solo para causarme un impacto. ¿Sophie puede entrar? Necesita ayudarme con mi vestido.

Will solo asintió. Tessa entrecerró los ojos; ella lo conocía mejor que casi nadie en el mundo. Ella vería sus miedos y dudas.

¿Y si ella pensaba que se trataban de ella?

Tessa hizo un gesto, y ella y Sophie pasaron por el dormitorio y entraron en el vestidor mientras Will miraba atónito sus manos. Maldita sea, no había tenido un solo miedo o un segundo pensamiento antes de su boda. Se había despertado todas las mañanas preguntándose si era posible ser tan feliz, estar tan lleno de expectativas.

Entonces él querría contarle a Jem al respecto, y Jem no estaría allí. Dolor y amor, hermanados como la oscuridad y la luz en su alma. Pero nunca había dudado de su amor por Tessa.

Podía oír movimientos y risas suaves en el vestidor, y luego Sophie salió. Le guiñó un ojo a Will y partió, cerrando la puerta del dormitorio firmemente detrás de ella. Un momento después, Tessa salió. Estaba envuelta en una bata de terciopelo azul que la cubría desde el cuello hasta los tobillos. Llevaba el pelo suelto y le caía sobre los hombros en un alboroto de suaves olas marrones.

Ella cruzó la habitación con los pies descalzos y se dejó caer en el asiento de la ventana a su lado.

—Ahora, Will —dijo ella gentilmente—. Dime lo que te molesta, porque sé que algo lo hace.

Ansiaba tomarla en sus brazos. Si la besaba, sabía que lo olvidaría; olvidaría las palabras de Tatiana, los vacíos en su propia alma, cada miedo que albergaba. Nunca se había perdido tan a fondo como lo hizo en los brazos de Tessa. Recordó la noche que habían pasado juntos en Cadair Idris, la sensación de ella debajo de su cuerpo, la increíble suavidad de su piel. Cómo la pena y el arrepentimiento se habían disuelto en ese momento, y solo había habido una felicidad que nunca pensó que conocería.

Pero el recuerdo había llegado por la mañana, y temía que ahora también lo hiciera. Le debía más que eso. Le debía más que tratar de encontrar el olvido en sus besos.

—Es una tontería —dijo—. Y, sin embargo, me apresa. Antes de abandonar el salón de baile, Tatiana me dijo: «Hoy será el día más feliz de tu vida».

Tessa alzó las cejas.

—¿Entonces crees que ella quiere decir que cada día sucesivo después de este será más infeliz? Estoy seguro de que ella lo hace. Te odia, Will. Y también me odia. Si pudiera arruinarnos este día, con gusto lo haría. No significa que ella tenga los poderes del hada malvada en el bautizo de la Bella Durmiente.

—Lo sé —dijo—. Pero me ha preocupado todo este tiempo que no podré hacerte feliz, Tessa. No como Jem podría haberte hecho feliz.

Ella lucía sorprendida.

—Will.

—Nunca te he culpado por amarlo —dijo, mirando su rostro de cerca—. Todo en su vida lo ha hecho con honor, pureza y fuerza, ¿y quién no querría ser amado así? Mientras que cuando te amo es desesperado, lo sé. —Casi hizo una mueca ante la palabra—. Creo que no puedes entender la forma en que te amo. Quizás lo he ocultado mejor de lo que pensé. Es una cosa devastadora, Tessa. Amenaza con hacerme trizas y me aterra que me... cambie.

Él apartó la mirada de ella. Podía ver su propio reflejo en la oscuridad de la ventana, su rostro muy pálido bajo la caída de su cabello oscuro. Se preguntó si podría llegar a asustarla.

—Will —dijo en voz baja—. Will, mírame.

Él la miró; incluso con su bata gruesa, era adorable y lo suficientemente deseable como para hacerle sentir mareado. No habían hecho nada más que besarse, y eso rara vez, desde aquella noche en Cadair Idris. Se habían abstenido, esperando esta noche.

Tessa presionó un trozo de papel doblado en la mano de Will.

—Jem estuvo aquí esta noche —dijo—. No lo vi, como tú tampoco. Sin embargo, le dio una carta a Sophie, y ella me la entregó. Creo que deberías leerlo.

Will tomó la carta lentamente. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que había visto los lazos y líneas familiares de la letra de su *parabatai*?

Will,

Sé que hoy debes estar feliz, porque ¿cómo no podrías estarlo? Y aun así, el miedo a que no aceptes tu felicidad me ha mantenido yendo de un lado a otro por los suelos de la Ciudad Silenciosa. Nunca te has considerado digno del amor, Will, tú que amas con todo tu corazón y alma. Temo las consecuencias de tales dudas, porque Tessa te ama y deben tener fe el uno en el otro, así como yo tengo fe en ustedes.

Hoy me detuve afuera del Instituto para dar mis respetos. Miré por la ventana y te vi a ti y a Tessa sentados juntos. Nunca te había visto tan feliz. Sé que solo serán más felices por cada día de sus vidas juntos.

Wo men shi sheng si ji jiao.

Jem

Will respiró con dificultad y le entregó la nota a Tessa. Era como si Jem hubiera acercado a través de la noche oscura y helada y tomado su mano. El lugar sobre su corazón donde había estado su runa parabatai parecía arder y centellar. Recordó de repente la última vez que él y Jem habían estado juntos en el Instituto, y Will había dicho que Tessa no querría casarse con él. Jem había sonreído y dicho:

—Bueno, esa parte depende de ti.

Aún dependía de él. Quería casarse con Tessa más de lo que nunca había deseado nada, y no dejaría que sus propios miedos destruyeran eso.

Tessa había puesto la nota a un lado y miraba a Will, sus ojos grises muy serios.

—Bueno —dijo—. Ahí está el asunto, entonces... ¿a quién vas a escuchar, Will? ¿A Tatiana o a Jem?

Sus miradas se encontraron.

—Voy a escuchar mi propio corazón —dijo—. Porque me trajo a ti.

Ella sonrió con una sonrisa luminosa, y luego soltó una carcajada cuando él la alcanzó y la acercó a su regazo.

—Espera —dijo ella, poniéndose de pie, lo que a Will no le gustó en absoluto; se suponía que estaban destinados a estar más cerca el uno del otro, no más separados.

Tiró de la banda que mantenía cerrada prenda azul. Will se enderezó, su espalda contra la ventana fría. El material de terciopelo azul se deslizó de sus hombros, revelándola vestida con una bata semitransparente de encaje blanco, unida en la parte delantera con una fila de cintas de raso azules atadas con lazos.

Claramente no llevaba nada más. Las curvas y los huecos de su cuerpo estaban delineados por el material de marfil, rozándola como gasa. Will entendió ahora por qué Sophie le había guiñado un ojo.

—Tess —dijo con voz ronca, y extendió los brazos; ella volvió a meterse en ellos, riendo suavemente.

—¿Te gusta? —dijo ella, acariciando su oreja—. Charlotte me llevó al lugar más escandaloso de Bond Street...

—Me encanta —dijo, capturando su boca en un beso suave—. Te amo, aunque no quiero pensar en Charlotte en camión. —Dejó que la suya cayera contra el cristal de la ventana—. Quítame la camisa, Tess.

Se sonrojó y buscó los botones de nácar. Todo en Cadair Idris había sido rápido, un momento nebuloso de calor y contacto. Esto era lento, sus dedos se arrastraron de un botón al siguiente con lentitud, sus labios ejercían una suave presión contra la piel mientras esta se descubría centímetro a centímetro. Para cuando la camisa cayó al suelo, no quería nada más que levantar a Tessa y llevarla a la cama.

Pero aún no estaban listos. Will sacó su estela del bolsillo y se la entregó a Tessa, que parecía perpleja.

—Las últimas runas nupciales —dijo—. Quiero que me las pongas.

Puso su mano sobre la de ella y llevó la estela a su brazo, donde trazó la primera runa nupcial. La estela destelló contra su piel, mezclando placer y dolor. La cara de Tessa estaba sonrojada cuando movieron la estela al lugar sobre su corazón, al lado de la cicatriz desvanecida donde su runa *parabatai* había reposado alguna vez.

—«Grábame como un sello sobre tu corazón, como una marca sobre tu brazo» —susurró a medida que trazaban la siguiente marca juntos—. «Porque fuerte como la muerte es el amor: sus brasas son brasas de fuego, las cuales portan una muy ardiente llama».

Tessa se echó hacia atrás. Se quedó mirando la runa, que sobresalía fuerte y oscura contra la piel del pecho de Will. Ella posó su mano sobre esta, y él se preguntó si podía sentir el martilleo de su corazón.

—«Ni las muchas aguas pueden apagarlo, ni los ríos pueden extinguirlo»². Nunca dejaré de amarte. Will...

Su estela cayó sobre la alfombra. Ella todavía estaba sentada en su regazo: él la agarró por las caderas y se inclinó para besarla. Estaba completamente perdido en el momento en que sus bocas se tocaron. Estaba perdido en Tessa, en la desesperada necesidad de besarla más fuerte, abrazarla más fuerte, tenerla más cerca todavía. Sus manos se deslizaron y se deslizaron sobre la seda y el encaje de su bata, la tela se fruncía bajo el asimiento de sus manos.

A medida que sus besos se volvían más candentes, Will se encontró a sí mismo acercándose para deshacer el lazo de seda en el cuello de su bata. Ella dio un pequeño jadeo cuando la tela cayó, dejando al descubierto la parte superior de sus senos. Su piel era suave y pálida como la crema. Will no pudo evitar besar su garganta, sus clavículas, y trazó suavemente sus labios sobre la suave pendiente de sus hombros. Ella gemía suavemente y se retorció en su regazo, sus manos apoyadas contra sus hombros, sus uñas clavándose ligeramente.

Will se dio cuenta de que, si no hacía algo rápidamente, se derrumbarían sobre la alfombra y nunca volverían a levantarse. Con un gemido profundo en su garganta, deslizó un brazo por debajo de las rodillas de Tessa y otro alrededor de sus hombros; ella se rio sorprendida cuando él la llevó a la cama, cayeron entre las suaves almohadas y la colcha, alcanzándose el uno al otro, la voraz espera por este momento finalmente había terminado.

Will se quitó los zapatos, se deshizo del resto de los lazos de satén de la bata mientras Tessa se extendía hacia él, su largo cabello formaba una cortina sobre los dos. En la cueva, había estado oscuro; ahora podía ver a Tessa y era toda exquisitez.

Ella tocó su rostro con dedos curiosos, luego dejó que su mano se deslizara más abajo por el cuerpo de él, explorando la suavidad y dureza de su pecho, la nueva runa sobre su corazón.

—Mi hermoso Will —dijo, su voz ronca de deseo.

Tiró de Tessa hacia él y rodaron juntos a través de la cama, piel contra piel; arrodillándose, comenzó a besar cada centímetro de su cuerpo. Como sabía que lo haría, olvidó todo lo demás a medida que ella se arqueaba y temblaba bajo su toque. Solo hubo ese momento, solo esa noche, solo ellos dos, solo Will y Tessa Herondale y el comienzo de su vida juntos.



Muchas horas después, Will se despertó gracias al suave toque de Tessa en su hombro. Él estaba durmiendo con su brazo alrededor de ella, su cabello desplegado sobre su pecho. Miró a su esposa; ella le estaba sonriendo.

—¿Qué pasa? —susurró él, retirándole un mechón de cabello de los ojos.

² N. del T. Pasaje bíblico localizado en Cantares 8:6-7

—¿Escuchas las campanas? —preguntó ella.

Will asintió con la cabeza; a lo lejos, las campanas de St. Paul sonaban a la una de la mañana.

—Es el día después de nuestra boda —dijo Tessa—. ¿No eres más feliz que ayer? Porque yo sí. Creo que seré más feliz cada día de nuestras vidas.

Will sabía que una sonrisa se extendía por su rostro.

—No tienes vergüenza, mi esposa. ¿Realmente me despertaste en medio de la noche solo para expresar un punto?

Tessa rodó contra él debajo de las mantas. Sintió su ligero toque contra su piel.

—Tal vez no solo para expresar un punto, mi amor.

Él se rio suavemente y la atrajo a sus brazos.







SOBRE LA AUTORA



Cassandra Clare es autora *bestseller* del *New York Times* y del *USA Today*, sus obras abarcan desde la serie *The Mortal Instruments*, *The Infernal Devices*, *The Dark Artifices*, hasta la serie *The Eldest Curses*, coescrita con Wesley Chu. Además es autora de *The Bane Chronicles*, coescrito con Sarah Rees Brennan y Maureen Johnson; *Tales from the Shadowhunter Academy*, coescrito al lado de Sarah Rees Brennan, Maureen Johnson y Robin Wasserman; y *Ghosts of the Shadow Market* coescrito en compañía de Sarah Rees Brennan, Maureen Johnson, Kelly Link y Robin Wasserman. Sus libros tienen más de 50 millones de copias impresas en todo el mundo y se han traducido a más de treinta y cinco idiomas. Cassandra vive en el oeste de Massachusetts. Visítala en cassandraclare.com. Averigua más sobre el mundo de los cazadores de sombras en shadowhunters.com.

